

La Lectura Popular

PUBLICACION QUINCENAL DEDICADA A LAS CLASES TRABAJADORAS

Continúa vendiéndose la segunda colección de artículos originales de «La Lectura» en casa del editor, D. José del Ojo y Gómez, San Bernadino, 10, 2.º, derecha, Madrid, al precio de una peseta cada ejemplar. Por cada doce ejemplares se regalarán dos, y veinte por cada ciento. Háganse los pedidos acompañados de su importe.

SECCION RECREATIVA.

EL TERNO SECO.

(Continuación).

Cuando Martín acabó de escuchar la cábala se rascó la oreja, se rascó la frente, y se rascó la nariz.

Total tres rascadas.

En seguida se puso á dar vueltas por el cuarto.

—Tío Pamplinas, — exclamó, — no se vaya usted y *la sacaremos* juntos.

—Hijo, eso no puede ser. Las cábalas han de ser interpretadas por el mismo jugador: lo há dicho Pata.

—¿Qué Pata?

—De Cabra, hombre.

Tontaina se quedó pensativo.

Después, como decidiéndose, tomó la pluma, se sentó, mojó en la jicara rota y dió principio á la interpretación.

*Mortal, al venir al mundo
naciste con veinte dedos,*

Tontaina se paró y se miró los suyos.

—Veinte dedos, — dijo; — no tiene escape, son veinte dedos. Pondré un 20.

Y escribió veinte.

Dos manos, dos pies, dos ojos,

—Tres por dos seis: pondré un 6.

Y escribió seis.

*Dos brazos, y allí en el pecho
un corazón.....*

—Dos brazos y un corazón, — dijo Tontaina mirando al techo, — son tres artefactos: pondré un 3.

Y escribió tres.

—¡Ajajá! — dijo en seguida, — ya tenemos aquí los tres números que se necesitan para un terno. Ahora para que el terno sea seco... no hay más que ponerlo al sol.

—Pero ¡calle! — exclamó de repente el inspirado cabalista. — Una duda me ocurre. Si en vez de contar las manos y los pies junto con los ojos separo es-

tos, el 6 será 4; y si lo junto con los brazos sera 8; y si añado el corazón será 9; y si pongo el corazón aparte será 4; y si separo los ojos de los pies serán otra vez 4. Es decir, cuatro pies; digo no, cuatro ojos, ¡que barbaridad! Vamos, esto no puede ser. Maruja, por el amor de Dios, ven y ayúdame á sacar esta cuenta sin que lo sepa Pata de Cabra.

—¡Ay Martín! vas á perder el juicio. Más te valiera dejar esos enredos y tomar las herramientas.

—Te prometo tomarlas, pero cuando me hayas sacado la cábala.

La pobre Maruja, conociendo que no había remedio, tomó la pluma, puso la mano sobre su corazón y sacó la cábala de esta manera.

Martín, tú tienes dos ojos
que te dió el Señor del cielo;
Dos pies, dos brazos robustos
Y un corazón en el pecho.

Además un alma pura
Hecha á imagen del modelo
Cuya grandeza infinita
Sobrepaja al universo.

Ahora bien, con estos dones,
Prendas del amor inmenso
De aquel Dios que te crió,
Te conserva y dá los medios
Para alcanzar el destino

Que te preparó en lo eterno.

¿Qué más quieres? Habla, dí.

¿Por qué andar tras esos sueños

De quiméricas fortunas

É irrealizables deseos,

Que al acercarte á tocarlos

Han de ser humo en tus dedos?

¿No comprendes que la dicha

No es dicha si tiene término;

Y que la dicha *sin fin*,

No puede darse en el tiempo?

Reflexiona, Martín mío,

Levanta tu vista al cielo,

Dale á Cristo el corazón,

Vuelve la espalda al infierno,

Trabaja lleno de fé,

Ama, confía, se bueno,

Que con estas condiciones

Yo te juro y te prometo

Que sin tomar pagarés

Cogerás el mejor premio.

Al acabar Maruja su ingenioso romance, Tontaina, que lo escuchaba muy serio y con la boca abierta, soltó de repente

tan estrepitosa carcajada que dejó helada á la infeliz.

—Chica, ¿eso que has escrito es cábala ó sermón de cuarenta horas? — exclamó echándose las de gracioso.

—De ochenta lo necesitabas tú, grandísimo Tonto, — contestó Maruja perfeccionándole el apellido.

—Desengáñate, María, — dijo el carpintero, — ni tú ni todos los misioneros del mundo me convencen á mí que no es verdad lo que dice el refrán.

—¿Qué dice el refrán?

—Que Dios es Omnipotente y el dinero su teniente.

—Sí, pero tú prefieres la *tenencia* del dinero á la *Omnipotencia* de Dios.

—Oros son triunfos, chica, — dijo Martín volviéndole la espalda y dirigiéndose casa del *lotero* con todos los ahorros de su mujer en el bolsillo de la chaqueta.

Momentos después estaba de vuelta agitando en la mano uno de aquellos antiguos pagarés de lotería que parecían un papel de fumar.

—Buena tela para tapar á los chicos, — dijo Maruja mirando con tristeza el papelucho.

—Calla, tonta, que aun has de ir en coche.

—Gracias: al infierno prefiero ir á pie; así llegaré más tarde.

—El demonio son estas beatas, — exclamó Tontaina para sus adentros; — con tanto rezo se les llena la cabeza de pájaros y en todo ven visiones.

Las visiones á que se refería Martín eran las buenas doctrinas que oía á su mujer, y que por lo mismo que eran buenas le sentaban en la mismísima boca del estómago.

Maruja en cambio, en medio de su condición humilde era lo que podía llamarse una madre cristiana sólicamente instruida: comprendía que la mayor felicidad que podía dejar á sus hijos era la virtud y el conocimiento arraigado de la ley de Dios, escudo fortísimo con que el hombre puede defenderse de todas las miserias de la vida, y se había esforzado por penetrar dicha ley á fuerza de meditarla y de cumplirla.

En los ratos de ocio cogía el Evangelio y leía sus hermosas máximas.

Un día lo tomó en sus manos y vió lo

que el Salvador decía á los ricos de la tierra:

No queráis atesorar para vosotros tesoros en la tierra; porque donde está tu tesoro allí estará también tu corazón.

¡Ay de vosotros los ricos!

¡Ay de vosotros los que estáis hartos!

¡Cuan dificultosamente entrarán en el cielo los que tienen los dineros!

Más fácil cosa es pasar un camello por el ojo de una aguja.

Estas tremendas verdades unidas al profundo conocimiento que Maruja tenía del corazón de su marido, harto inclinado al sensualismo y á la avaricia, acabaron de convencerla de que en su casa la pobreza era providencial; por lo mismo desde aquel día la miró como el baluarte que defendía las virtudes de su familia y la preservaba de la corrupción. Comprendía, sí, que Jesucristo no había condenado las riquezas en sí mismas, pues las riquezas en sí son buenas como todas las demás cosas criadas, y hasta pueden servir de escala para el cielo dándoles recta aplicación; pero ¿quien es el guapo, decía ella, que teniendo mucho dinero no le toma cariño y no lo convierte en el ídolo de su alma?

Efectivamente, Maruja volvía la vista á todos lados y solo veía gentes que empleaban sus rentas en refinar sus comodidades ó multiplicar sus vicios. Con dificultad hallaba corazones generosos que empleasen los bienes de la tierra en comprar armas para conquistar el cielo. Parecía como que la virtud y el oro se habían dado la espalda.

Al mismo tiempo y por otra parte contemplaba los funestos efectos de la sensualidad humana: veía á los hijos de las que se llaman gentes acomodadas invadiendo ordinariamente los lugares de perdición; á las hijas de los acaudalados perseguidas por los ambiciosos y los *caza-herencias* y, en fin, á la mayor parte de los que se llaman afortunados y felices corriendo el peligro de ser los más desgraciados.

Esto la hacía mirar con horror los ambiciosos proyectos de su marido. Acordábase de lo que había leído en el evangelio sobre *la aguja y el camello* y parecía estar viendo ya en la puerta del cielo á Martín y á todos sus hijos con unas jorobas muy grandes, pugnando por entrar y sin poder conseguirlo.

Ante aquella visión, su corazón de esposa y madre se llenaba de pena y la obligaba á postrarse á los pies de una imagen del Crucificado que tenía en su habitación y exclamar con toda su alma:

—Dios mío, no consintais que haya

camellos en mi casa. Si mis hijos no han de ser virtuosos ni han de saber emplear rectamente los bienes de este mundo, no se los concedais jamás; que más vale una pobreza santa que una riqueza apartada de vuestro divino amor.

En cambio Tontaina hacía la oración por pasiva.

—Señor,—decía todas las mañanas mientras se sacudía las orejas,—estoy cansado de ser pobre; vengan dineros aunque me lleven doscientos mil diablos.

Y tanto repitió esta oración, que un día uno de los doscientos mil llegó á oírlo y se propuso darle un alegrón á ver si le podía meter las uñas.

—¡Tío Martín!—entraron gritando de repente una porción de muchachos de la vecindad,—¡dulces! ¡dulces! que le ha caído á usted la lotería.

Tras de este venía el tío Pamplinas desgreñado confirmando la noticia.

Detras venía en masa toda la gente del barrio.

¡Viva el tío Martín! gritaron todos.

Martín, aturdido al principio, no supo lo que le pasaba; mas reponiéndose de repente y comprendiendo que la cosa iba de veras, miró á todos lados, hizo dos ó tres pucheritos preliminares y rompió en llorar con tal estrépito que parecía que acababa de morirle su padre, su madre y toda su parentela.

—Hazme tila, Maruja, hazme tila corriendo, que me va á dar algo.

Maruja corrió toda temblorosa á la cocina.

—¡Dios mío! aun no *asamos* ya primogamos,—decía la pobre, sin atinar á encender la lumbre, efecto del susto.—Buen principio de felicidad.

Por fin, después de mucho soplar y llenarse la cabeza de ceniza, encendió el fogón y le hizo á su marido una olla de tila que cabía catorce cuartillos.

El ex-carpintero, pálido como la muerte y dando diente con diente del histericazo que se le había desarrollado, se avalanzó á la olla, y á soplo y sorbo se fué echando al cuerpo el aromático caldo.

Poco después un sudor copioso anunció la crisis, y entrando en caja los crispados nervios permitieron al nuevo rico empezar á hacerse cargo de su fabulosa posición.

El tío Pamplinas, con la pluma de marrras y todo desgreñado aun, había tomado un papel de envolver chocolate y se había puesto á sacar la cuenta de los miles de duros que el Gobierno tenía que darle á Martín Tontaina. Como la jugada era á terno seco, cada ochavo

subía á una barbaridad. No iba aun la mitad de la cuenta y ya estaba el papel lleno de ceros. Martín creía que aquello era un sueño de las mil y una noches.

—Hemos arruinado al Gobierno,—decía el tío Pamplinas, recalcando el *he-mos*.

—Efectivamente, he tenido una gran suerte,—contestaba Tontaina recalcando el *he*.

Todos los vecinos convinieron en que si el Gobierno pagaba todos los ceros que había hecho el tío Pamplinas, el fortuna era bárbaro.

Ultimamente, después de muchas enhorabuena, sonrisas, apretones de manos y parabienes de todas especies, habiendo repartido unas cuantas copas y peladillas, la gente fué desfilando poco á poco y el nuevo potentado, temblando aun y con las manos frías, encontrose frente á frente con su queridísima fortuna y se dispuso á darle el primer abrazo.

Pero la descripción de este abrazo merece capítulo aparte.

(Se continuará.)

A. C. y G.

SECCION INSTRUCTIVA

El azar lo gobierna todo; de otra suerte no habría tantos desórdenes en el mundo. ¡Cuántas cosas inútiles, imperfectas, malas! Es evidente que Dios no se ocupa de nosotros.

I. Contestación. Si un ignorante que no sabe leer abriese un volumen de las obras de Corneille ó de Racine, Lope de Vega ó Calderón, y viendo tantas letras para él desconocidas, colocadas de mil modos diferentes, las unas formando grupos con las otras, algunas veces ocho ó más reunidas, otras seis, ya tres, ya siete, ó bien dos, para componer las palabras; si viendo todo esto de lo cual él no comprende nada, preguntase: ¿por qué estos caracteres, estas páginas, estas líneas están colocadas en este lugar con preferencia á este otro; por qué lo que está en el principio no está en el medio ó en fin: ¿por qué la vigésima página no es la quinta, etc.? se le contestaría: Amigo un gran poeta un hombre de ingenio es que ha arreglado todo esto de la manera que se ve, para expresar sus pensamientos, y si se colocase una página en lugar de otra, si se traspusieran no sólo las líneas, mas aún las palabras ó las letras, tan bella obra quedaría desordenada, y el plan del autor destruido.

Y si el tal ignorante quisiese hacerse el entendido, y se entrometiese en censurar el orden del volumen en cuestión, y dijese: Me parece que hubiese sido mejor reunir todas las letras que se parecen; las mayúsculas con las mayúsculas; las minúsculas con las minúsculas: hubiera resultado un

orden más bello haciendo las palabras de una misma longitud y formándolas con el mismo número de letras: ¿por qué razón estas son cortas, aquellas largas? ¿por qué aquí hay un claro y no lo hay allí? Todo esto está mal coordinado, no hay orden. El que ha compuesto esta obra no entiende en ello; todo está como echado al azar. ¿Qué le contestaríamos? Tu eres el ignorante, le diríamos; tú el que nada entiendes de esto. Si todo estuviese dispuesto en conformidad á tu modo de pensar, no habría ni sentido ni razón en este libro. Una inteligencia cien veces mayor que la tuya ha presidido y preside siempre á esta disposición; y si tú no alcanzas la razón de ella, no culpes más que á tu propia ignorancia.

De un modo parecido al del supuesto ignorante procedemos cuando criticamos las obras de Dios.

Su gran libro es el que miramos cuando fijamos nuestra vista en el mundo. Todos los siglos son como las páginas del mismo, que se suceden unas á otras: los años son como las líneas; y las criaturas, desde el Ángel desde el hombre hasta los más pequeños tallos de la yerba, y los más diminutos granos de polvo, son como las letras, colocadas cada una en su propio lugar por la mano de este gran Compositor, que sólo Él conoce sus eternos conceptos y el admirable conjunto de su obra.

Si preguntas: ¿Por qué una criatura es mas perfecta que otra; por qué el frío del invierno, y por qué el calor del verano; por qué la lluvia en este momento, y no en otro; por qué este percance en la fortuna, en la salud; por qué esta enfermedad; por qué la muerte de este tierno niño ante ese viejo que le sobrevive; por qué este hombre bienhechor arrebatado por la muerte y no la de este perverso, que es el azote de sus semejantes, etc.? Yo te contestaré que una inteligencia infinita, que una sabiduría infinita, que una justicia y una bondad infinitas han arreglado las cosas de esta suerte, y que es muy cierto que todo está en perfecto orden, aun cuando nos parezca lo contrario.

Te contestaré que para juzgar sensadamente una obra es necesario conocerla toda entera; es preciso abrazar el conjunto y los detalles; comparar los medios con el fin que deben alcanzar. Ahora bien: ¿qué hombre, qué criatura ha penetrado jamás en el secreto de los eternos consejos del Criador? Y aquel cabal conocimiento sería sobre todo indispensable para apreciar la sabiduría y la justicia de la Providencia relativamente á los hombres, seres racionales y libres destinados á una vida eterna, capaces de obrar el bien ó el mal, capaces de mérito y de demérito.

Algunas veces, acomodándose á nuestra flaqueza, Dios se digna justificarse aun en este mundo por hechos, ya consoladores, ya terribles. En cada siglo se ven estos remarcables efectos de la justicia ó de la bondad divina: crímenes encubiertos por medio de un arte infernal se descubren por

medios los más inesperados, los más extraordinarios; blasfemos audaces son castigados en el mismo momento en que desafían al Dios invisible en quien no creen.

En 1848, cerca de Tolosa, durante las elecciones para la Asamblea constituyente, un demagogo impio arengaba á sus paisanos electores procurando destruir en su espíritu el respeto por la Religión, obstáculo siempre formidable para los proyectos de los malvados.

El desatentado orador lo atacaba todo; lo negaba todo, hasta la existencia de Dios. «¡Que me conteste, pues, exclama amenazando al cielo con el puño; que me conteste si me oye!...» ¡Apenas habia concluido cuando estalla un rayo y derriba al blasfemo en medio de la azorada muchedumbre! Se le creyó muerto, pero recobró los sentidos al cabo de algunas horas, y no creo que desde entonces haya solicitado nuevas pruebas de la Providencia divina.

Otro miserable, más culpable sin duda, fue castigado aun mas terriblemente en 1849, en un reducido lugar cerca de Caen. Aconteció esto un domingo durante la celebración de la Misa. El desgraciado se hallaba en la taberna con un compañero, no lejos de la iglesia. El tañido de la campana le puso furioso, y despues de mil horrosas blasfemias contra la Religión y los sacerdotes, como presa de violenta rabia toma el vaso, y levantándose delante de su amigo y del tabernero; que en vano procuraba calmarle: «Si hay un Dios, exclama, ¡vamos á ver cómo es poderoso para impedirme que beba este vaso de vino!» Y en el mismo instante cae en el suelo herido por una apoplejía fulminante. Se podría contar un crecido número de rasgos semejantes de la Justicia divina aun en esta vida, los cuales son como indicios de lo que mas allá de la tumba nos espera.

Dios da no menos claras muestras de su providencia sobre los buenos. ¡Cuántos miserables han sido consolados contra toda esperanza! ¡Con cuanta frecuencia no viene uno en conocimiento de que ha sido instrumento de la santa bondad de Dios! Los pobres, y los cristianos que los socorren, podrán decirlo. Su vida es la Providencia en acción; la prueba viviente de la Providencia.

II. Sin embargo, ¿por qué Dios no justifica siempre de esta suerte su justicia, su bondad, su santidad aca en este mundo? La razón de ello es muy sencilla. Es porque la vida present: no es más que el germen, el principio de nuestro destino, y porque el completo de la obra de Dios relativamente á nosotros se halla más convenientemente aplazado para la eternidad; allí unicamente llegamos al perfecto desarrollo de nuestro sér. Es porque la vida presente es el tiempo de la fe, la que debe creer sin ver y aun á pesar de las apariencias opuestas, lo que cuanto antes verá claramente cuando se habrá levantado el velo que nos oculta á la Divinidad y á sus angustos misterios.

Es menester no perder de vista la eterni-

dad siempre que se trata de juzgar los acontecimientos humanos. Ella restablece maravillosamente los desordenes aparentes de este mundo. ¿Por qué, se dice, Dios no castiga á este gran criminal? ¿Por qué este malvado se encuentra en el colmo de las prosperidades y este hombre de bien abrumado bajo el peso de tantos males? ¿Qué cuidado se toma Dios de todo esto? ¿Dónde está su justicia? ¿dónde está su sabiduría? ¿dónde está su bondad?

¡He aquí la eternidad que nos explica el misterio! Era debido y conforme á la razón recompensar con las pasajeras prosperidades de la tierra el poco bien que habia hecho aquel impio, aquel gran pecador á quien debia castigar la eternidad vengadora. Y aquellos justos que el mundo reputaba desgraciados, satisfacian con aficiones transitorias la pena de faltas ligeras nacidas de la fragilidad humana; mas ¡una eternidad dichosa era la recompensa de su virtud!

Reformemos, pues, de hoy en adelante nuestra manera de ver. ¡No juzguemos á nuestro gran Juez! Ni tú ni yo, créeme, tenemos la vista capaz de alcanzar lo que alcanza la suya. Lo que Él hace, bien hecho está, y si permite el mal, es siempre para un mayor bien.

¿No te acuerdas ya del jardinero de la fábula? Hallábase en su jardín no lejos de una gran calabaza. «¿En qué pensaria, decía para sí, el autor de todo esto? ¡Esta calabaza no ocupa su debido sitio! ¡aquí sobre la tierra y nacida de una planta rastrera!... Yo la hubiera colgado allá arriba, en lo más alto de aquellas copiosas encinas, pues que á tan notable fruto correspondia un árbol de tal tamaño. ¡Qué lástima que aquel Señor de quien nos habia el Padre cura todos los domingos no me consultase cuando crió el mundo!... Todo hubiese salido mejor hecho... Y ¿por qué la bellota tan pequenuela, que casi no se la llega á ver, ha de colgar allá arriba y no se la colocó aquí, bajito, y pendiente de una de estas plantas pequenitas? Está visto; aquí hubo un *quid pro quo*: la calabaza ocupa el lugar de la bellota, y la bellota el lugar de la calabaza. Este mundo está mal hecho ó no hay cosa más parecida.»

Hacia calor, y nuestro jardineo se tendió al pie de una de las inmediatas encinas para dormir su siesta.

Habiase ya medio dormido cuando una bellota, desprendida de lo más elevado del árbol, le pegó en la nariz. Despierta sobresaltado, llévase la mano á la parte dolorida, y conociendo la causa del percance: «¡Ay, Dios mio! exclama, ¿qué hubiese sido de mí si en vez de la pequeña bellota hubiese caído una gran calabaza ú otro fruto de mucho peso?... No hay duda; Dios tiene razón... Bien se estan, cada cual en su sitio, la calabaza y la bellota... Bendito sea el Señor que todo lo ha hecho bien...» Y así diciendo, se fué á su casa.

V. Segur.

VARIEDADES

Para «El Motin».

En Francia ha muerto hace pocos dias el párroco de la aldea de Preveron llamado D. Carlos Braconat.

¿Quién era este señor?

Un cura, (segun «El Motin» un pícaro cura, pues para él todos los curas son picaros).

Este pícaro, cuando los alemanes entraron en su feligresía y trataron de fusilar á los concejales del ayuntamiento porque algunos vecinos del pueblo les habian hecho fuego, salió de su casa, se presentó al enemigo y le dijo: «Estos hombres que vas á fusilar son padres de familia, puesto que lo que buscas es hacer un castigo sea en quien quiera, matame á mí que no tengo familia y déjalos á ellos».

Fué tal la impresion que causó este rasgo de caridad que los prisioneros fueron puestos en libertad y no se fusiló á nadie.

¡Perro Cristiano!!

Esta era la frase con que un moro de Africa increpaba á cada momento á un oficial frances que habia hecho prisionero y tenia encerrado en su casa.

Indignado el oficial cierto dia al verse injuriado de aquella manera se atrevió á preguntar al mahometano:

—¿Por qué me insultas á cada instante llamándome perro? ¿Qué razon tienes para tratarme así?

—La de que hace un mes que estás en mi casa y durante ese tiempo aun no te he visto orar una sola vez. Eres, pues, no ya perro, sino más que perro; porque á lo menos el perro conoce al amo que le sustenta, pero tú no conoces al Dios que te ha criado.

El oficial bajó la cabeza.

¿Cuantos cristianos tendrian que hacer lo mismo si alguien les increpase de la misma manera!

El mundo está desolado y lleno de crímenes. ¿Por qué?

Porque nadie medita dentro de su corazon; porque casi nadie ora; porque vivimos como perros.

Ya llevaremos nuestro merecido.

Para que ustedes vean.

Nos permitimos extractar de «La Semana Católica» de Madrid el siguiente relato que es muy interesante, y que recomendamos á los que acostumbran á leer ciertos periódicos.

«El Aspid» era un periódicucho venenoso al estilo de «El Motin», que hacia su comercio mordiendo curas y calumniando frailes. Un dia tocó el turno á las Hermanitas de los pobres, sublime institucion que se dedica á socorrer á los infelices á quienes el mundo desampara en su miseria, y el director de «El Aspid», no tuvo inconveniente en clavar su ponzoñosa pluma en la buena fama de las pobres religiosas, diciendo entre otras cosas: «que la revolucion en su dia sembraria de sal el afrentoso palacio en que aquellas holgazanas se daban buena vida: que los pobres asilados estaban hechos unos espectros y que

hacia pocos dias, las monjas habian maltratado á una anciana, la habian roto una pierna y la ocultaban en un desvan para que se muriese sin auxilios facultativos».

Ante tamaña calumnia, no pudiendo ni debiendo consentirla, el Padre Remigio, director espiritual del establecimiento, anciano septuagenario, se dirigió á la redaccion de «El Aspid», y personándose ante el inventor de tal historia le manifestó que era una pura mentira y le invitó á cerciorarse de ello por sus mismos ojos. Gruñó un poco al principio el mal carado escritor, y despues de varios dimes y diretes se decidió por fin á ir al convento, estrechado por el sacerdote. Hay que advertir que el director de «El Aspid», hombre de larga historia, habia abandonado á su madre hacia años por seguir sus instintos aventureros, y sin embargo clamaba á voz en grito contra los frailes y curas que no la habian socorrido mientras él andaba conspirando contra ellos por esos mundos de Dios. Añadia que con tanta monja de caridad como habia en España, su madre habia muerto de hambre.

—¡Gran desgracia!—exclamó el P. Remigio cuando oyó sus quejas.—Mas para que vea usted lo que son las cosas, nosotros en cambio aqui tenemos una anciana abandonada por su propio hijo. Esa es la que precisamente decia usted en su periódico que estaba emparedada. Ya verá usted que bien se encuentra.

Entraron en un dormitorio y abrieron una ventana. Una anciana dormia dulcemente en una cama aseada con esmero.

—Hermanita, abra usted los ojos que aqui hay un caballero que desea verla,—exclamó la madre superiora.

La anciana despertó y descubriéndose un poco volvió la cabeza.

En aquel mismo momento oyese un agudo grito y el ruido como de un cuerpo que cae en tierra.

Era el director de «El Aspid» que habia caido de rodillas llorando á lágrima viva y pidiendo perdon.

Aquella anciana era su madre, la que él habia abandonado para conspirar contra la religion, mientras la religion la habia recogido cuidadosamente para que no muriese de hambre.

Excusado es decir lo que sucedió despues. «El Aspid» no volvió á publicarse; y á su director no se le vió más el pelo.

¡Ay! Si á muchos de los que escriben contra la religion y sus ministros, achacándoles estupendas maldades, se les pudiese descubrir su historia como al director de «El Aspid», ¡que pocos habrian que no acabasen por caer de rodillas, ó cuando menos callar la boca para toda la eternidad!

FÉ.

A MI AMIGO.

Isaac obediente y sumiso
Sube el monte de leña cargado,
Sin saber que es altar preparado

Do muy pronto su vida va á dar.
Con candor de paloma pregunta:
¿Dónde, padre, la víctima? ¿dónde?
Y su padre con fé le responde:
Anda, hijo, que Dios proveerá.

Sube el alma la cumbre empinada
Que á la Cruz por sus sendas conduce,
Y que en sendas y faldas produce
Espinosos zarzales no más.
Yerta el alma, cansada, rendida,
Hacia el cielo sus ojos levanta
Y oye lejos un coro que canta:
Anda, hijo, que Dios proveerá.

Tenazmente apogado el humano
Corazon á su madre la tierra,
Sus afectos le dan cruda guerra,
Sus pasiones combate le dan;
Y si vence tal vez una sola,
Se alzan diez con furor y bravura.
¿Y la paz de la humana criatura?
Anda, hijo, que Dios proveerá.

¡Ay verdad, ay verdad! ¿dó te escondes?
¿Dónde ocultas tu rostro divino? (des?)
¿De este mundo el oscuro camino
Tus fulgores no alumbran jamas?
¡Ay, Señor! contradicha es en todo
Mi razon que hacia Vos se encamina;
No me niegues tu fé que ilumina.
Anda, hijo, que Dios proveerá.

Este mundo camina á sus anchas,
Y sostiene que es senda segura
Que conduce á la vida futura,
Y que errado en sus pasos no va.
De la Cruz nos abriste los brazos,
Y en tus manos y pies claves toco:
¿Será cierto quizá que estoy loco?
Anda, hijo, que Dios proveerá.

Amancio Meseguer y Lopez.

LA LECTURA POPULAR.

Esta publicacion tiene por objeto difundir gratuitamente entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa, presentándola bajo formas amenas y ligeras para que se propague más fácilmente.

La suscripcion se hace por acciones medias, cuartos y octavos de accion.

Cada accion da derecho á recibir en ejemplares de cada número ó sean doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, operarios, feligreses, etc. ó manda distribuir por las aldeas, huertas, caseríos, fábricas, escuelas, establecimientos penales y otros centros.

PRECIOS DE SUSCRIPCION DIRECTA.

Una accion. 4 ptas. mensuales.

Media. 2 ptas. mensuales.

Un cuarto id. 1 ptas. mensuales.

Un octavo id. 50 cts. mensuales.

Por media de correspondencia 25 céntimos pageta más por accion.

Se suscribe en la direccion de este periódico BELLOT, 3, ORIHUELA. En Madrid en la de la Semana Católica, Villanueva, 6 bajo y en Cuba, «La Historia», Remedios.

IMP. DE LA LECTURA POPULAR